

RUMBO A LA AVENTURA

Yo me llamo James y tengo 15 años. Vivo en Princetown en Nueva Jersey (Estados Unidos) en un orfanato, desde los cuatro años. Desde entonces me las he tenido que apañar yo solo. Realmente solo no. Tengo la compañía de mi mejor amigo, William. Lo conozco desde los seis años, cuando a otro niño, un tal Bob, se le ocurrió la idea de gastar una broma al director del orfanato en el comedor general del centro. Bob desatornilló la silla del director, haciendo que este al sentarse se cayera. El vigilante me vio riéndome y creyó que había sido yo. Me agarró del hombro en medio de todos y me levantó con violencia y me dijo: 'Esta vez te has metido en un buen problema chavalín'. Entonces fue en ese momento cuando William se levantó y gritó ¡Guerra de comida!, y le tiró un plató en la cara. Aquello se volvió un caos. Aunque al final, la buena voluntad de William no sirvió para nada, porque nos acabaron castigando a él y a mí, fregando los platos y limpiando todas las tardes durante un mes. Desde ese momento siempre hemos sido buenos amigos.

- ¡Se acabó el tiempo! Entregadme vuestras redacciones.

-Pero yo todavía no he acabado la mía- contesté.

El profesor me miró desafiante.

-Me da igual, os he dado 55 minutos para hacer una redacción sobre la amistad. Me parece más que suficiente- me replicó- Bueno, ahora id poniendo la fecha, a ver, 07/08/1941.

Íbamos entregando nuestros trabajos cuando un niño vio algo por la ventana.

-¡Un camión!- exclamó el muchacho.

Todos nos abalanzamos sobre la ventana. Era la primera vez que veíamos un vehículo. Después de aquello, todos hablaban de lo que podría a ver en el exterior. Nunca habíamos salido fuera del orfanato. Nunca habíamos podido contemplar el mundo. Escuché a un grupo de unos chicos hablando de fugarse, de que ya estaban hartos de seguir aquí.

-Pues a mí no me parece tan mala idea- me dijo William- me refiero a lo de largarse.

-No nos vamos a largar de ningún sitio, ¿Vale? - le contesté- No sabríamos a donde ir. Además, es imposible escapar de aquí.

-Pues yo no lo veo tan imposible- me replicó- ¿Te acuerdas de Tim? Intentó escaparse el año pasado y lo hubiera logrado si no hubiera hecho tanto ruido.

-Ya, bueno. Después de eso, le castigaron limpiando todas las paredes del centro.

-Venga, James, yo no pienso quedarme aquí toda la vida.

Le miré con cara de desconfianza.

Una semana después, William me despertó en mitad de la noche.

-Vamos, coge tus cosas nos escaparemos esta noche- me dijo como si estuviera tan claro.

-William...

Me arrastró por todos los pasillos del orfanato hasta llegar al patio.

-Venga saltemos la valla- dijo muy bajo.

No sé si era porque confiaba demasiado en él, o porque estaba medio dormido, pero le hice caso.

Todo parecía que marchaba correctamente cuando de repente una linterna alumbró nuestros rostros y alguien apareció gritando e intentando atraparnos.

- ¡Eh, vosotros, venid aquí! – gritó la persona que unos segundos más tarde me di cuenta que era el vigilante.

William y yo saltamos la valla y nos perdimos en la oscuridad de la noche, mientras que el vigilante nos gritaba y nos tiraba piedras del enfado.

-Bueno, ¿Y ahora qué? - le pregunté

-Pues...caminaremos hacia esa dirección-me contestó mirando una brújula que había sacado del bolsillo.

Caminamos 15 kilómetros hacia el Suroeste. Como ya estábamos muy cansados pasamos la noche en una vieja granja que estaba cerca del camino. A su lado se encontraba una casa que debía pertenecer a sus dueños.

Encontramos un espacio dentro del granero. Tuvimos suerte, ya que la valla estaba abierta. Nos acostamos en un montón de paja que encontramos.

-Nuestro objetivo es llegar a Nueva York –le dije a William.

-Pues sí, hemos andado 15 kilómetros y hay unos 82 kilómetros aproximadamente desde Princetown hasta Nueva York. Nos quedan unos 67 kilómetros, no será un viaje fácil – le dije.

A la mañana siguiente los relucientes rayos de sol me alumbraron la cara ¡Ya era de día! William y yo desayunamos las provisiones que habíamos cogido del orfanato.

Al salir del granero nos quedamos alucinados. Había un montón de mariposas revoloteando encima de flores de distintos colores, y como era verano los rayos de sol dibujaban un paisaje precioso.

- ¡Es lo más hermoso que he visto en mi vida! – exclamó William mientras contemplaba el paisaje.

-Bueno, ahora pongámonos en marcha - contesté.

Nuestro objetivo era llegar a New Brunswick antes del anochecer para pasar allí la noche. Apenas se veían coches pasar por las carreteras. Hacia las dos de la tarde empezó a llover y tuvimos que refugiarnos debajo de un árbol. Cuando paró de llover continuamos caminando hasta que pudimos observar un pueblo.

Allí queríamos parar a comer algo, pero ya no teníamos provisiones y tampoco dinero, por lo que teníamos que encontrar una solución. Caminamos pensando en qué podíamos hacer. Las calles del pueblo estaban prácticamente desérticas y la mayoría de las casas daban aspecto de abandono. Como era un pueblo pequeño solo había una pequeña tienda.

Las fuerzas nos estaban fallando porque no habíamos comido nada desde el día anterior. William echó a correr hacia la tienda.

- ¡William! ¿A dónde vas? - le grité.

En ese instante cogió una piedra y la lanzó contra el cristal de la tienda. Pegó un salto hacia el interior y en unos instantes salió corriendo con unas bolsas llenas de comida.

-¡Vamos, corre!- me gritó mientras corría hacia mí.

Yo me quedé inmóvil sin saber lo que hacer. Hasta que un hombre y empezó a gritar: ¡Al ladrón! Y a tirarnos objetos mientras nos perseguía. Entonces comprendí que ese tipo no estaba en broma y que tanto William como yo, habíamos hecho algo ilegal, por lo que empecé a correr.

Al salir del pueblo nos detuvimos para recuperarnos de la carrera.

- ¡Pero tú estás loco! -le contesté jadeando- ¡Cómo se te ocurre?

-James, cuando hay hambre...- dijo tan tranquilo.

-Seguramente habrán llamado a la policía.

Él movió los hombros como diciendo que le daba igual. La verdad es que me sorprendió su simple y tranquila actitud. Pero estaba tan cansado que no tenía fuerzas para discutir. Al fin y al cabo, ahora teníamos comida, pero también nos buscaban. No tuve otra opción que dejar el tema y continuar caminando mientras comíamos lo que nos encontramos en las bolsas.

Hacia las seis y media de la tarde estábamos sedientos. A las afueras del camino pudimos divisar una fuente. La fuente era pequeña, pero aun así pudimos beber de ella, y gracias a ello pudimos retomar fuerzas para continuar. Cuando empezó a anochecer llegamos a New Brunswick. Para conseguir dinero William y yo encontramos un trabajo en el que teníamos que trabajar el campo de un granjero. Estuvimos 2 horas seguidas, hasta que el hombre se acercó y nos entregó lo que con trabajo habíamos conseguido.

Ganamos lo suficiente como para poder dormir en una posada. Nos alojamos en una a las afueras del pueblo. Estábamos tan cansados que nos dormimos enseguida.

De repente, hacia las tres de la mañana William y yo nos despertamos asustados. Pudimos oír gritos en la posada. Se trataba de un ladrón que tenía un arma de fuego, y estaba robando el dinero de la posada que se encontraba en recepción. Cuando vimos que a nosotros también nos habían robado, un impulso de ira nos hizo echar a correr tras el ladrón. Este huyó y salió hacia la calle y nos perdimos en mitad de la noche. En medio de la calle el hombre paró en seco, como si alguien le estuviera persiguiendo. Apuntó con el arma con la intención de disparar a lo primero que se moviera. Nosotros estábamos escondidos detrás de un coche.

El hombre debió de escucharnos porque, de repente, se escuchó un disparo. En ese momento nos dimos cuenta que había sido un error salir. William se acercó con un palo que encontró en el suelo, hasta colocarse detrás de él.

El hombre me apuntó con su revólver en la cabeza sin darme cuenta y antes de que apretará el gatillo, William le golpeó con el palo en la cabeza y el hombre se desmayó.

De repente apareció la policía y detuvo al hombre.

- ¿Vosotros sois los que habéis hecho esto? – Nos preguntó un agente- Espera vosotros no...

El agente nos había reconocido. Sabía lo del robo y ahora nos iba a detener. Vi como los policías nos rodeaban y cogían sus armas. También lo debió de ver

William porque le soltó una patada a uno y empezó a correr entre los coches y el jaleo que había armado. Acto seguido los seguí.

Estuvimos corriendo un buen rato hasta que vimos un autobús parado y nos apresuramos a entrar entre la multitud sin que nos vieran.

Siempre tan inoportuno...- le dije

William me sonrió con cara de alivio.

El autobús pasaba por varios pueblos hasta llegar a Nueva York. Al cabo de un rato ya estábamos allí.

El autobús paró en un puerto. Salimos de este y nos quedamos mirando la gran ciudad. Vi en el rostro de William una expresión de alegría y a la vez de tristeza. Supongo que por lo que habíamos pasado, pero no estoy seguro. Ya teníamos la libertad cuando unos coches de policía llegaron.

- ¡Manos arriba! - exclamó uno de los agentes.

- ¡James, corre! – gritó William.

Los agentes abrieron fuego. Corrimos entre los grandes cargamentos de mercancías y de repente escuchamos el sonido de la bocina de uno de los barcos.

- ¡Mercancías para los soldados con rumbo a Europa! - exclamó un hombre que se encontraba dentro de este.

Nos escabullimos entre los marineros y entramos en el barco. La policía volvió a abrir fuego. En ese instante el barco zarpó con nosotros dentro. Poco a poco vimos la gran ciudad alejándose.

-Bueno, al final no hemos podido ir a Nueva York- me dijo William.

-Ahora otro rumbo nos espera- le contesté,

El barco soltaba una gran cantidad de vapor mientras nos adentrábamos en el inmenso océano. Y sin darnos cuenta habíamos empezado otra gran aventura.